

en un brazo á su tierno hijo, colgando, como Mazeppa, de su caballo blanco, y escapándose así de la persecución de sus enemigos!

Un día vi á un soldado sacar chispas de un trozo de sílex, que al punto conocí que había formado parte de una punta de flecha. Me dijo haberlo encontrado cerca de la isla Cholechel, y que había muchos en ese sitio. Ese pedazo de cuarzo tenía entre dos y tres pulgadas de longitud; por lo tanto, la flecha aquella era doble mayor que las empleadas hoy en la Tierra de Fuego. Estaba formada por un trozo de sílex opaco, de color blanquecino; pero la punta y las aristas estaban rotas. Sabido es que ningún indio de las Pampas emplea hoy arco ni flechas, excepto (según creo) una pequeña tribu en la banda oriental. Pero esta última tribu está muy lejos de los indios de las Pampas y muy cerca, por el contrario, de las tribus que viven en los bosques y que nunca montan á caballo. Por tanto, parece que esas flechas son restos muy antiguos provenientes de los indios (1) que vivían antes de la gran mudanza producida en sus costumbres por la introducción del caballo en América.

(1) Azara duda que los indios de las Pampas hayan empleado nunca los arcos y las flechas.

CAPITULO VI

SUMARIO: Marcha á Buenos Aires.—El río Sauce.—La Sierra Ventana.—Tercera posta.—Caballos.—Bolas.—Perdices y zorras.—Caracteres del país.—Chorlito real, de patas largas.—Teru-tero.—Tempestad de granizo.—Cercados naturales en la Sierra Tapalguen.—Carne del puma.—Alimentación exclusiva de carne.—Guardia del Monte.—Efectos del ganado sobre la vegetación.—Cardo.—Buenos Aires.—Corral donde se matan los bueyes.

De Bahía Blanca á Buenos Aires.

8 Septiembre 1833.—Me convengo con un gaucho para que me acompañe durante mi viaje hasta Buenos Aires; me cuesta no poco trabajo encontrar uno. Ya es un padre que no quiere dejar partir á su hijo; ya vienen á participarme que otro, que parecía dispuesto á ir conmigo, es tan cobarde que si ve á lo lejos un avestruz lo tomará por un indio y huirá inmediatamente. Desde Bahía Blanca á Buenos Aires hay unas 400 millas (640 kilómetros), y así siempre se atraviesa un país deshabitado. Salimos una mañana muy temprano. Después de una ascensión de algunos centenares de pies, para salir de la hondonada de verde césped donde se asienta Bahía Blanca, entramos en una extensa llanura desolada. Está cubierta de restos de rocas calcáreas y arcillosas, pero el clima es tan seco que apenas se ven algunas matas de hierba marchita, sin un solo árbol, sin un solo tallar que rompa su mo-

notonia. El tiempo es hermoso, pero la atmósfera está muy caliginosa. Creía yo que ese estado atmosférico presagiaba una tormenta; el gaucho me dijo que ese estado se debe al incendio de la llanura á una gran distancia en el interior. Después de haber galopado mucho tiempo y de cambiar de caballo dos veces, llegamos al río Sauce. Es un riachuelo profundo y rápido que sólo tiene 25 pies de anchura. La segunda posta del camino de Buenos Aires está en sus márgenes. Un poco más arriba de la costa hay un vado, donde el agua no llega al vientre de los caballos; pero desde ese sitio hasta el mar es imposible vadearlo; por tanto, ese río forma una barrera muy útil contra los indios.

Sin embargo, el jesuita Falcorer, cuyas noticias suelen ser tan correctas, habla de este insignificante riachuelo como de un río que tiene sus fuentes al pie de la Cordillera. Creo que, en efecto, nace allí, pues el gaucho me afirma que ese río se desborda todos los años á mediados del estío, en la misma época que el Colorado; pues bien, esos desbordamientos sólo pueden provenir de la fusión de las nieves en los Andes. Pero es muy improbable que un río tan insignificante como el Sauce, en el momento en que lo vi, cruce toda la anchura del continente; además, si en esta estación no fuese sino el residuo de un gran río, sus aguas estarían cargadas de sal, como se ha visto en tantos casos y en tan numerosos países. Por consiguiente, las aguas claras y limpias que corren por su cauce durante el invierno debemos atribuir las á los manantiales existentes alrededor de la sierra Ventan. Creo que los llanos de la Patagonia, como los de Australia, están cruzados por muchas corrientes de agua, que sólo en ciertas épocas desempeñan funciones de ríos.

Así es probable que suceda con el río que desemboca en el puerto de Desire; y lo mismo con el río Chupat, en las orillas del cual han encontrado escorias celulares los oficiales encargados de levantar el plano de sus márgenes.

Como aún era temprano en el momento de nuestra llegada, tomamos caballos de refresco y un soldado para guiarnos, y salimos en dirección á la sierra de la Ventan. Esta montaña se ve desde el puesto de Bahía Blanca; y el capitán Fitz-Roy estima su altura en 3.340 pies (1.000 metros), altitud muy notable en la parte oriental del Continente. Téngome por el primer europeo que ha subido á la cima de esta montaña; un corto número de soldados de la guarnición de Bahía Blanca tuvieron también la curiosidad de visitarla. Por eso se repetían toda clase de historias acerca de las capas de carbón, las minas de oro y plata, las cavernas y los bosques que contenía, historias que espoleaban mi curiosidad, pero me aguardaba cruel desengaño. Desde la posta á la montaña hay unas seis leguas á través de una planicie tan llana y tan yerma como la que por la mañana habíamos atravesado; pero no por eso era menos interesante el camino, pues cada paso nos iba aproximando á la montaña, cuyas verdaderas formas se nos aparecían más claramente. Así que llegamos al pie de ella, nos costó mucho trabajo encontrar agua, y por un momento pensamos vernos obligados á pasar la noche sin poder proporcionárnosla. Al cabo concluimos por descubrirla buscando en las laderas; pues, aun á la distancia de algunos centenares de metros, los arroyuelos quedan absorbidos por las piedras calcáreas quebradizas y los montones de piedrecillas que las rodean. No creo que la naturaleza haya producido nunca una

roca más árida y solitaria; aquel peñón merece muy bien su nombre de *hurtado*. La montaña es escarpada, abrupta en extremo, llena de grietas y desprovista tan en absoluto de árboles y hasta de monte bajo, que á pesar de todas nuestras pesquisas no podemos encontrar con qué hacer un asador de palo para asar carne sobre una fogata de tallos de cardo silvestre (1). El extraño aspecto de esta montaña está realizado por la llanura circundante, parecida al mar; llanura que no sólo viene á morir al pie de sus faldas abruptas, sino que separa también las estribaciones paralelas. Lo uniforme del color hace muy monótono el paisaje; en efecto, ningún matiz más brillante se destaca sobre el fondo gris blanquecino de la roca silícea y sobre el moreno claro de la marchita hierba del llano. En las cercanías de una montaña elevada, suele esperarse ver un terreno muy desigual y sembrado de inmensos fragmentos de peñasco. La naturaleza da aquí la prueba de que el último movimiento que se produce para convertir el álveo del mar en tierra seca, puede efectuarse á veces con mucha tranquilidad. En esas circunstancias, sentíame curioso por saber á qué distancia podían haber sido transportados los guijarros procedentes de la roca primitiva. Pues bien: en las costas de Bahía Blanca y junto á la ciudad de este nombre, se encuentran pedazos de cuarzo que, con certeza, provienen de esta montaña, sita á 45 millas de distancia (72 kilómetros).

El rocío, que durante la primera parte de la noche había mojado las cubiertas con que nos tapábamos, habíase transformado en hielo á la mañana siguiente.

(1) A falta de una expresión más correcta, empleo la palabra *cardo*. Creo que es una especie de *Eryngium*.

Aunque la llanura parece horizontal, se eleva poco á poco, y nos hallábamos á 800 ó 900 pies sobre el nivel del mar. El 9 de Septiembre por la mañana me aconseja el guía que suba á la estribación más próxima, la cual acaso me conduzca á los cuatro picos que coronan á plomo la montaña. Trepar sobre peñascales tan rugosos fatiga en extremo; las laderas de la montaña están cortadas tan hondamente, que con frecuencia se pierde en un minuto el camino andado en cinco. Llego, por fin, á la cima, pero para sufrir un gran desencanto; estaba al borde de un precipicio, en el fondo del cual hay un valle á nivel de la llanura, valle que corta la estribación transversalmente y me separa de los cuatro picos. Este valle es muy estrecho, pero muy plano, y forma un buen paso para los indios, pues hace comunicar entre sí los llanos que hay al Norte y al Sur de la cadena. Al bajar al valle para atravesarlo, veo dos caballos; en seguida me escondo entre las altas hierbas y examino con cuidado las cercanías; pero al no advertir señales de indios, comienzo mi segunda ascensión. Avanzaba ya el día; y esa parte de la montaña es tan escarpada y desigual como la otra. Llego por fin á la cima del segundo pico á las dos horas, pero no lo consigo sino con la mayor dificultad; en efecto, cada 20 metros sentía calambres en la parte superior de ambos muslos, hasta el punto de no saber si podría volver á bajar. También me fué preciso dar la vuelta por otro camino, pues no me sentía con fuerzas para escalar de nuevo la montaña que había atravesado por la mañana. Por tanto, me vi obligado á renunciar á subir á los dos picos más altos. La diferencia de altura no es muy grande, y desde el punto de vista geológico sabía yo cuanto deseaba saber; por consiguiente, el resto no merecía otra nueva fatiga.

Supongo que mis calambres eran efecto del gran cambio de acción muscular, el trepar mucho, después de una larga carrera á caballo. Esta es una lección que conviene recordar, pues en ciertos casos pudiera verse uno muy apurado.

Ya he dicho que la montaña se compone de rocas de cuarzo blanco, mezclado con un poco de esquisto arcilloso brillante. A la altura de algunos cientos de pies por encima del llano se adhieren á las rocas en varios sitios montones de conglomerados. Por su dureza, y por la naturaleza del cemento que los une, se parecen á las masas que diariamente se ven formarse en algunas costas. No dudo que la aglomeración de esos cantos rodados se efectuó de igual manera en la época en que la gran formación caliza se depositaba debajo del mar circundante. Es fácil figurarse cómo el cuarzo, tan excavado y recortado, reproduce aún los efectos de las grandes olas de un inmenso Océano.

En resumen, esa ascensión me desilusionó mucho. La vista es insignificante: una llanura tan lisa como el mar, pero sin el hermoso color de éste y sin líneas tan precisas. Sea como fuere, aquella escena era enteramente nueva para mí; aparte de eso, tuve cierta emoción cuando creí ver presentarse indios. Sin embargo, el peligro no era muy terrible, puesto que mis dos acompañantes encendieron una gran hoguera, cosa que no se hace nunca cuando se teme la proximidad de los indios. Regresamos á nuestro campamento al caer la noche; y después de beber mucho mate y de fumar varios cigarros, en seguida me acosté. Soplaban con violencia un viento muy frío, lo cual no me impidió dormir mejor que nunca he dormido.

10 de Septiembre.—Hacia la mitad del día llegamos

á la posta del Sauce, después de haber corrido bravamente ante la tempestad. En el camino hemos visto un gran número de ciervos, y más cerca de la montaña un guanaco. Extraños barrancos cruzan el llano que va á morir al pie de la sierra; uno de ellos, de unos 20 pies de ancho por 30 lo menos de profundidad, nos obliga á dar un gran rodeo antes de poder atravesarlo.

Pasamos la noche en la posta; la conversación, como siempre, versa acerca de los indios. Antiguamente la Sierra Ventana era uno de sus puestos favoritos, y hace tres ó cuatro años se ha peleado mucho en este sitio. Mi guía estuvo en uno de esos combates, donde muchos indios perdieron la vida. Las mujeres lograron llegar á la cima del monte y allí se defendieron con bravura, haciendo caer grandes piedras sobre los soldados. Muchas de ellas acabaron por ponerse en salvo.

11 de Septiembre.—Nos dirigimos á la tercera «*posta*», en compañía del teniente que la mandaba. Dicese que hay 15 leguas entre las dos postas, pero sólo es una suposición y por lo común se exagera un poco. El camino tiene poco interés: continuamente se cruza una llanura seca, cubierta de césped; por nuestra izquierda, á una distancia variable, hay una fila de montecillos que atravesamos en el momento de llegar á la posta. Encontramos también un inmenso rebaño de bueyes y de caballos, custodiado por quince soldados que nos dicen haber perdido ya muchos animales. En efecto, es muy difícil hacer á éstos atravesar las llanuras; porque si durante la noche se acerca á la piara un puma, ó aunque sea una zorra, nada puede impedir que los caballos enloquecidos se dispersen en todas direcciones; el mismo efecto les produce una

tempestad. Hace poco tiempo salió de Buenos Aires un oficial con 500 caballos y sólo tenía 20 cuando se reunió al ejército.

Poco rato después, una nube de polvo nos advierte que se dirige hacia nosotros un tropel de jinetes; mis acompañantes conocen que son indios, cuando aún están á grandísima distancia, por sus cabellos esparcidos por la espalda. Por lo común, los indios llevan una venda alrededor de la cabeza, sin ropa ninguna; y sus largos cabellos negros, levantados por el viento, les dan un aspecto aún más salvaje. Es una parte de la amiga tribu de Bernantio, que va á una salina para proveerse de sal. Los indios comen mucha sal; sus niños mascan terrones de sal, como los nuestros azúcar. Los gauchos tienen un gusto muy diferente, pues apenas la comen, aunque llevan el mismo género de vida; según Mungo Park (1), los pueblos que sólo se alimentan de verduras tienen verdadera pasión por la sal. Los indios nos saludaron amistosamente al pasar á galope; llevaban ante sí una manada de caballos, y seguíanlos á su vez una turba de perros flacos.

12 y 13 de Septiembre.—Permanezco dos días en esta posta; espero á un pelotón de soldados que ha de pasar por aquí, dirigiéndose á Buenos Aires. El general Rosas ha tenido la bondad de prevenirme acerca del paso de esas tropas y me invita á aguardarlas para aprovecharme de tan buena escolta. Por la mañana voy á visitar algunas colinas de las cercanías, por ver el país y para examinarlas desde el punto de vista geológico.

Después de comer, los soldados se dividen en dos bandos para ensayar su habilidad con las bolas. Plán-

(1) *Travels in Africa*, pág. 233.

tanse dos lanzas en el suelo, á 35 metros de distancia una de otra; pero las bolas no las alcanzan sino una vez por cada cuatro ó cinco. Pueden arrojarse las bolas á 50 ó 60 metros, pero sin puntería. Sin embargo, esta distancia no se aplica á los hombres á caballo: cuando la velocidad caballo se agrega á la del fuerza del brazo, dícese que se puede arrojarlas á 80 metros, casi con certeza de dar en el blanco. Como prueba de la fuerza de este arma, puedo citar este hecho: cuando en las islas Falkland asesinaron los españoles á una parte de sus compatriotas y á todos los ingleses que allí estaban, huía un español á todo correr. Un individuo llamado Luciano, fornido y guapo mozo, perseguíale á galope gritando que se detuviese, pues deseaba decirle unas palabras. En el momento de ir á llegar ya el español á la barca, Luciano le tiró las bolas; se enroscaron éstas con tal fuerza en derredor de las piernas del fugitivo, que cayó desmayado. Así que Luciano le hubo dicho lo que tenía que decirle, permitiéndose al joven que se embarcase. Nos dijo que sus piernas llevaban grandes verdugones allí donde se arrolló la cuerda, como si hubiese sufrido la pena de látigo.

En el curso de la jornada llegaron de la posta siguiente dos hombres encargados de un bulto para el general Rosas. Así, aparte de esos dos hombres, nuestra tropa se componía de mi guía, yo, el teniente y sus cuatro soldados. Estos últimos eran muy estrafalarios: el primero, un hermoso negro muy joven; el segundo, un mestizo de indio y de negro; respecto á los otros era imposible determinar nada, un antiguo minero chileno de color de caoba y un mulato cuarterón. Nunca vi mestizo de expresión más odiosa. Por la noche me retiré un poco apartado, mientras juegan

ellos á las cartas sentados en derredor del fuego, para contemplar á mis anchas aquella escena digna del pincel de Salvator Rosa. Estaban sentados al pie de un montecillo casi á plomo, de suerte que dominaba yo la escena; alrededor de ellos, perros dormidos, armas, restos de ciervo y de avestruz, y sus lanzones clavados en el suelo. En segundo término, entre una obscuridad relativa, sus caballos atados á estacas y dispuestos para un caso de alerta. Si la tranquilidad reinante en la llanura era turbada por el ladrido de sus perros, uno de los soldados abandonaba la hoguera, ponía el oído contra el suelo y escuchaba con atención. Hasta si el alborotador teru-tero prorrumpía en su grito estridente, suspendíase en el acto la conversación y todas las cabezas se inclinaban para poner oído un instante.

¡Cuán mísera existencia la de esos hombres! Estaban lo menos á diez leguas del puesto de Sauce; y, desde la matanza hecha por los indios, á veinte leguas de cualquier otro puesto. Supónese que los indios habían atacado á media noche el puesto destruido; pues al día siguiente de esa matanza se les vió, felizmente, acercarse por la mañana muy temprano al puesto donde ahora estoy. El pequeño pelotón de tropa pudo escaparse y llevar consigo los caballos; huyendo cada uno de los soldados por su parte, conduciendo cuantos caballos le fué posible.

Esos soldados viven en una choza pequeña, construida con tallos de cardo, que no les resguarda contra el viento ni la lluvia; en este último caso, la única función de la techumbre consiste en reunir la en gotas más gruesas. No les dan viveres: para alimentarse sólo tienen lo que puedan cazar, avestruces, ciervos, armadillos, etc.; por único combustible, no tienen si-

no los tallos de una pequeña planta, parecida un poco al áloes. El único lujo que pueden permitirse esos hombres es fumar cigarrillos y mascar mate. No podía menos de pensar que los buitres, habituales acompañantes del hombre en estas desiertas llanuras, encaramados en los altos próximos, con su paciencia ejemplar parecían decir á cada instante: «¡Ah, qué banquete cuando vengan los indios!»

Por la mañana salimos todos á cazar: no logramos grandes triunfos venatorios, y la cacería, sin embargo, resulta animada. Poco después de nuestra marcha nos separamos: mis compañeros de caza forman su plan de modo que en cierto momento del día (son muy hábiles para calcular las horas) encuéntranse todos, viniendo de diferentes partes á un sitio determinado, para acorrallar así en ese punto á todos los animales que puedan encontrar. Un día estuve de caza en Bahía Blanca; allí los hombres se limitaron á formar un semicírculo, separados unos de otros como un cuarto de milla. Los jinetes más avanzados sorprendieron á un avestruz macho, que trató de escaparse por un lado. Persiguiéronle los gauchos á toda velocidad de los caballos, haciendo cada uno de ellos girar las terribles bolas alrededor de su cabeza. Por último, el que estaba más cerca del avestruz se las arrojó con vigor extraordinario y fueron á enroscarse en las patas del ave, que cayó inerte en el suelo.

Tres especies de perdices (1), dos de ellas tan grandes como faisanes, abundan en los llanos que nos rodean. También se encuentra un gran número de boni-

(1) Dos especies de *Tinamus* y la *Eudromia elegans*, de A. d'Orbigny, á la cual sólo sus costumbres pueden hacer que se la denomine *perdiz*.